

que la probabilidad de detenerle en Mohilew y de obligarle á pasar el Dnieper mas abajo, lo cual retardaba mucho, pero no hacia imposible su incorporacion á Barclai de Tolly.

Al saber Napoleon este mal suceso concibió un vivo enojo contra el mariscal Davout y el rey Gerónimo, pero mucho mas vivo contra este. Reconvinó al mariscal Davout por haber tomado el mando demasiado pronto, no estando aun los dos ejércitos verdaderamente reunidos, y de no haberlo ejercido con vigor suficiente después de tomarlo. Reconvinó al rey Gerónimo por haberle hecho perder el fruto de una de sus mejores maniobras, y le dejó volver á Westfalia, conservando los westfalianos. No se reconvino á si propio, lo cual fuera mas justo, de haber fiado por una costumbre real, digna á lo sumo de Luis XIV, á un jóven decidido, bravo, si bien inexperto, un ejército de ochenta mil hombres; y ademas de haberle reprendido, cuando aun no habia cometido falta alguna, y humillado de todos modos, como si fuera responsable de la resistencia de los elementos; de haberse decidido de pronto á someterle á un mariscal, partido que conviniere tomar desde el principio en interés de las operaciones, y no con posterioridad y á título de castigo, de no haber previsto el escándalo que habia de resultar de esto, ni la consecuencia todavia mucho mas grave de hacer que fracasara una maniobra decisiva y de las mas sabias que habia imaginado nunca; por último y sobre todo, de no haber concedido al mariscal Davout el refuerzo de una ó dos divisiones, refuerzo que le pusiera en aptitud de no hacer depender sus movimientos de una incorporacion de las mas

problemáticas. Véase aqui lo que Napoleon no se dijo, y lo que revelaba, no decadencia en su mente, tan vasta, tan perspicaz, tan secunda como en otra época cualquiera, sino el progreso de aquel humor despótico, caprichoso, intemperante, que para nada hace caso de los caracteres ni de los elementos, que trata á los hombres, á la naturaleza, á la fortuna, como á súbditos que se pueden dar por contentos de obedecerle, é impertinentísimos por no hacerlo siempre, humor fatal y pueril á la vez, que toma aun en los hombres de genio mas eminente algo del niño que desea todo cuanto vé, quiere todo cuanto desea, y lo quiere al punto, sin admitir obstáculo ni demora, y grita, manda, se encoleriza, ó llora cuando no lo consigue. Esto es mas que la decadencia de la mente, pues es la del carácter echado á perder por el despotismo, y esta es la verdadera causa que se verá dominar de una manera desastrosa en los sucesos ulteriores.

Aunque ya no esperase el éxito de su maniobra contra el ejército del Dnieper, habia una cosa que esperaba todavia, y la esperaba con plena confianza del mariscal Davout, y era que el principe Bagration fuera repelido muy abajo del Dnieper hacia Mohilew por lo menos, lo cual condenaria al segundo ejército ruso á dar un largo rodeo y le impediria llegar en auxilio de Barclai de Tolly en tiempo oportuno. De consiguiente Napoleon ordenó al mariscal Davout que se mantuviera firme en Mohilew: prescribió al principe de Schwarzenberg que se aproximara al grande ejército con el cuerpo austriaco, remontando la Lithuania del Sur al Norte por Proujani, Slonim y Minsk, y á los sajones que retrocedieran para ir á ocupar el puesto de los aus-



triacos junto al alto Bug en las fronteras de la Volhinia y del gran ducado de Varsovia. Efectivamente había prometido á su suegro hacer servir á los austriacos bajo sus órdenes directas, y por este motivo trabajaba en aproximarlos al cuartel general: además no contaba con ellos lo bastante para confiarles á la vez el encargo de guardar el gran ducado y de insurreccionar la Volhinia, y prefería con razón fiar uno y otro á los sajones, poseedores de la Polonia actual y probablemente de la Polonia futura.

Ordenadas estas disposiciones, volvió de lleno á su otra maniobra, mucho mas importante que la abortada de que se acaba de dar cuenta, pues si marchando por la derecha conseguia deslizarse con la mayor parte de sus fuerzas delante del campo de Drisa, rebasar á Barclai de Tolly, cogerle por la espalda, pasando el Dwina, y cortarle á la vez de Moscou y de San Petersburgo, hacia imposible el proyecto de retirada indefinida concebida por los rusos, ó les reducía á ejecutarlo con restos desorganizados, y podia esperar ver á un nuevo Dario enviando suplicantes al campo de un nuevo Alejandro.

Para el éxito de este gran movimiento era muy de deplorar el alto hecho en Wilna. Entrado en esta ciudad el 23 de junio, todavía se encontraba allí Napoleón el 16 de julio por la mañana; pero este tiempo habia sido rigorosamente necesario para contener la desercion en los cuerpos, para despachar su artillería rezagada y tirada por parte de los caballos de los convoyes de víveres, para reorganizar estos convoyes reduciéndolos á los carros mas ligeros, para cocer pan, para asegurar ocho ó

diez dias de subsistencia á la Guardia, condicion de disciplina indispensable hasta en este cuerpo de preferencia, para proporcionar al grueso del ejército una reserva de víveres destinada á los cuerpos que nada absolutamente hubieran hallado en los caminos, y en fin, para trasportar los trenes de puente. Aunque los dias transcurridos eran diez y ocho, ni una sola hora se habia perdido con el fin de asegurar en lo posible estos resultados de primera necesidad. Ya al cabo casi estaban completos, y desde entonces Napoleón lleno de confianza lo aguardaba todo de su genio y de la bizzarria de sus tropas. A Wilna le llegaron noticias de todo el mundo. A pesar del disimulo de los rusos ya no se podia dudar de su paz con los turcos, pues además de la orgullosa confidencia que Mr. de Balachoff hizo á Napoleón de ella, acababa de recibir de sus agentes en Constantinopla la casi certidumbre de haberse celebrado. Al mismo tiempo no era ya cuestionable la adhesion de Bernadotte á la causa de Rusia. De consiguiente Napoleón podia, en un porvenir cercano, prever la llegada de los ejércitos rusos de Tormazoff y Tchitchakoff sobre la derecha, y quizá la bajada de los suecos á su retaguardia. Verdad es que estas noticias eran compensadas por otras favorables de Inglaterra y de América, pues se anunciaba la muerte de Mr. Perceval, asesinado á la entrada del parlamento, una próxima variacion de rumbo en la política británica, y finalmente, la certidumbre de una declaracion de guerra de América á la Gran Bretaña. Ningun caso hacia Napoleón de estos lejanos rumores propicios ó adversos, y con razon por cifrarlo todo en el éxito de las grandes operaciones que estaba



á punto de emprender. Ya habia encaminado la caballería ligera de la Guardia á las órdenes del general Lefebvre-Desnoettes para preparar su movimiento, reuniendo harinas, construyendo hornos, protegiendo los cuérpos de los pontoneros que debian proporcionar al ejército el paso, no solo de los rios, sino de los numerosos pantanos de que el pais estaba cubierto. Detrás de la caballería ligera hizo partir á la jóven Guardia á las órdenes de Mortier y la vieja á las de Lefebvre. La primera debia pasar por Lowariski, Michaldiski, Danilowitski; la segunda por Swenziani y Postavi, y ambas debian desembocar en Gloubokoe, donde Napoleon iba á fijar su cuartel general entre Drisa y Polotsk, frente del Dwina. Detrás de Mortier y Lefebvre envió la reserva de la artillería de la Guardia, con la cual contaba particularmente para los dias de batalla, y recomendó que marchara lentamente para no inutilizar los caballos. Además, dirigió hacia el mismo punto, si bien algo mas á la izquierda, y detrás de Murat, á las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, que habia retenido en su poder para ejecutar con ellas la parte mas difícil de su maniobra, la que se operara mas cerca del enemigo, en el mismo punto en que se girara en torno de los rusos para envolverlos. Al propio tiempo hizo ejecutar á Ney, Oudinot y Macdonald un movimiento de izquierda á derecha, llevando á Ney de Maliatoui á Widzoui, á Oudinot de Avanta á Rimchanoui, á Macdonald de Rossiena á Poniewiez, con la instruccion de costear al enemigo sin abordarle, de cargarse de pan, de acarrear en los carros cuanto harina se pudiera recoger, y de llevar consigo cuanto ganado les fuera posible. Hacia su de-

recha puso por fin Napoleon al príncipe Eugenio en movimiento de Nowoi-Troki á Ochmiana, Smorgoni y Wileska, haciéndole iguales recomendaciones. La mitad de los bávaros habia perdido el príncipe Eugenio de resultas del cansancio y la disenteria, y estaba muy mermado su cuerpo. Debia formar la derecha de Napoleon y darse la mano con el mariscal Davout por medio de la caballería de Grouchy.

Antes de salir de Wilna, dió Napoleon sus últimas órdenes para asegurar todos los ramos del servicio durante su ausencia. No queriendo privarse del talento, del celo, de la probidad de Mr. Dam, y necesitando otro él en Wilna, resolvió dejar allí al duque de Basano, con cuya adhesion y aplicacion podia contar por completo, y dejole efectivamente con autorizacion para abrir no solo la correspondencia diplomática, sino la administrativa y militar, para comunicar á cada gefe de cuerpo lo que le interesara saber, y aun para dar órdenes sobre todo lo concerniente á las provisiones del ejército. Para los trasportes desde Kowno á Wilna, hizo un ajuste con los judios polacos. Decididamente la navegacion por el Wilia, se reconoció casi impracticable, y resolvióse emplear los trasportes por tierra. Los numerosos convoyes, que, gracias al celo del coronel Barte, llegaban cotidianamente de Danzick á Kowno, y contribuian á llenar esta ciudad de materias de toda especie, hubieron ya de descargar en Kowno para terminar por tierra su travesía hasta Wilna. Aqui habia por lo menos mil carros de artillería y de equipages sin tiros. Colocados fueron en un vasto parque y al aire libre, para preservarlos de un incendio. Napoleon



ordenó enganchar en parte de estos carros dos mil caballos, pequeños, pero fuertes, sacados por el mariscal Macdonald de Samogitia. Al general Bounier dejado en Hannover, envió orden para comprar nuevamente en Alemania y á cualquier precio cuantos caballos pudiera hallar de silla y de tiro y los despachara sin la menor tardanza á Wilna. Finalmente, para corresponder al movimiento que el ejército activo iba á emprender hácia adelante, quiso que ejecutase otro análogo el ejército de reserva. Prescribió al mariscal Victor, que mandaba en Berlin el noveno cuerpo, que se adelantara sobre Danzick, al mariscal Augereau, que mandaba el undécimo cuerpo, compuesto de cuatro batallones y de los regimientos de prófugos, que reemplazara al duque de Bellune en Berlin. Las cohortes, cuya organizacion prescribió Napoleon antes de su salida de París, hubieron de reemplazar á las tropas del undécimo cuerpo en las fronteras de Francia. Hasta en Wilna quedaba á las órdenes del general Hogendorp, nombrado gobernador de la Lituania y puesto bajo la autoridad de Mr. de Bassano, una guarnicion movible, formada de todas las tropas en marcha, la cual habitualmente no seria menor de veinte mil hombres, y se apoyaria en las obras de campaña que Napoleon habia mandado ejecutar por sí mismo. En lo interior de Wilna estaban ya acabados los hornos y los hospitales, sobre lo cual se habia ocupado mucho. Hornos habia para cocer hasta cien mil raciones, y hospitales para recibir diez mil enfermos, y oficiales para recoger é incorporar á los rezagados que llegaran á reunir las columnas movibles. A cuarenta mil por lo menos ascendian ya los rezagados, extrangeros

la mayor parte. Apenas se habian recuperado dos ó tres mil de ellos, los demas se dedicaban al pillage. Los mas volvian á pasar el Niemen, con especialidad los alemanes.

Habiendo sido prescripto quanto la prevision humana permitia hacer para corregir los inconvenientes de una empresa, la mas temeraria de los siglos sin duda, resolvió Napoleon partir en la noche del 16 al 17 de julio. Antes de dejar á Wilna no pudo menos de recibir á los representantes de la dieta polaca reunida extraordinariamente en Varsovia. De cierto se recuerda que, á falta de Mr. de Talleyrand, fué allí Mr. de Pradt, arzobispo de Malinas, con el encargo de excitar y de dirigir el impetu patriótico de los polacos. Este personage, incapaz de gobernarse en medio de una conmocion popular, llegó á su puesto, halló á los polacos agitadísimos por la idea de una reconstitucion inmediata, dispuestos como de costumbre á batirse denodadamente, pero arruinados por el bloqueo continental, sin confianza en el éxito de aquella guerra, ni en las resoluciones de Napoleon respecto de ellos, opinando cada cual su cosa, y mas que nunca exaltados, bulliciosos y desunidos. Hacerse oír en medio del caos de voluntades desacordes, templar á los violentos, estimular á los tibios, conciliar á los émulos, distraer á los dados á quimeras, y finalmente, atraer en fuerza de flexibilidad y de vigor á la muchedumbre aturdidora y aturrida á voluntades sensatas, enérgicas y uniformes, es un arte que la naturaleza no basta á dar por sí sola, si la experiencia no lo madura, y que solo en los paisés libres se adquiere. Sorprendido el arzobispo de Malinas, desconcertado. no teniendo otro



manejo que algunas chispeantes agudezas, no sabia como salir de caos semejante. Pero supliendo la pasion por todo, vinieron á parar los polacos á la idea de una dieta general, convocada inmediatamente, y que, segun el uso antiguo, proclamaria, ademas de la reconstitucion de Polonia, la confederacion de todas sus provincias, y el alzamiento en masa de la poblacion contra Rusia. El pobre rey de Sajonia, sobre cuya cabeza habia caido la corona de Polonia, proveyó de antemano á sus ministros en el granducado de los poderes necesarios, y estos se prestaron eficazmente á la convocacion de la dieta. Llamada extraordinariamente juntóse al punto y nombró presidente al respetable principe Adam Czartoryski, octogenario, y mariscal en otro tiempo de una de las antiguas dietas, proclamando en medio de un entusiasmo universal el restablecimiento de Polonia, la confederacion de todas sus provincias, la insurreccion de las que estaban aun bajo el yugo de soberanos extrangeros, y acordando dar cerca de Napoleon un paso, á fin de suplirle que dejara caer de su boca soberana esta gran frase: *Polonia está restablecida.*

Separóse la dieta instituyendo una comision encargada de representarla, y de llenar el papel de la soberania nacional en cierto modo, al par que los ministros del gran ducado representaban el del poder ejecutivo. Dificultad grave ofrecia que marcharan de acuerdo estos representantes de la soberania nacional y estos agentes del poder ejecutivo, queriendo unos y otros desempeñar á la vez ambos papeles, mas no era esta la mayor todavía. Sin pérdida de tiempo se necesitaba poner la mira en dos objetos esenciales con ardimiento, en lla-

mar gente á las armas y en propagar la insurreccion en Lithuania, Volhinia y Podolia. Si el abate Pradt hubiera tenido dinero, una autorizacion lata y un verdadero genio de accion, pudiera sin duda sacar de estos elementos en fermentacion una fuerza organizada, capaz de insurreccionar la Volhinia y la Podolia, mientras Napoleon organizaba la Lithuania, que se acababa de insurreccionar con su presencia. Pero Napoleon no le habia dado un obolo, apenas le hizo percibir sus asignaciones, y le concedió una autorizacion equivoca como la confianza que tenia en sus talentos políticos y administrativos. Asi todo lo que el abate Pradt pudo y supo hacer fué ayudar á los polacos á redactar el manifiesto que anunciaba la reconstitucion de Polonia, documento escrito con algun talento, bien que sin oportunidad y pareciendo mas bien redactado en Paris que en Varsovia. Ya formado, convinose en enviar una diputacion á Wilna, para presentar á Napoleon el acta de la dieta y provocar por su parte una declaracion solemne. Obligado se vió Mr. Pradt á consentir en este paso, muy embarazoso para Napoleon, si bien inevitable y natural, fuerza es conocerlo, por parte de los polacos.

Los diputados, que eran los senadores José Wibiski y Valentin Sobolewski, los nuncios Alejandro Beniski, Estanislao Soltik, Ignacio Stadnicki, Mateo Wodzinski, Ladislao Tarnowski y Estanislao Alejandrowicz, llegaron á Wilna un poco antes de la partida de Napoleon, con encargo de presentarle un mensaje, y de obtener una respuesta que se pudiera comunicar á todo el mundo.

Esta manera de apremiarle desagradaba á Napoleon mas que le sorprendia, y recogióse para



hallar una respuesta que, sin desalentar á los polacos, no le arrastrase á mas compromisos que los que queria contraer buenamente. Ya hemos dicho que lo que le asustaba no era la libertad de los polacos, pues al contrario en todas partes el espíritu insurreccional se excitaba en su nombre; no era tampoco precisamente el temor al Austria, pues si la disgustaba el sacrificio de la Galitzia, la Iliria podia consolarla; sino el temor de hacer demasiado difícil la paz con Rusia, especialmente despues de haber pasado el Niemen. Desde lejos Napoleon habia considerado esta guerra, si no como obvia, al menos como muy practicable: de cerca juzgábala mejor, y entreveia la dificultad de seguir á los ejércitos rusos hasta las profundidades de su territorio, si no se lograba darles alcance antes de su retirada. De consiguiente deseaba que la querrela permaneciera en estado de que pudiera concluir una brillante victoria, al par que, si se proponia por objeto esencial el restablecimiento de Polonia, fuera necesario reducir á Rusia á la última extremidad antes de obtenerla. Agréguese á esto que hubiera querido ver salir restaurada á Polonia de un arranque de entusiasmo, siendo así que no podia renacer mas que de una reorganización lenta y laboriosa, poco favorecida á la sazón por las circunstancias. En esta disposición de ánimo dirigió á los polacos una respuesta ambigua, que tenia el inconveniente ordinario de este género de respuestas, el de decir demasiado para los unos y harto poco para los otros, demasiado para Rusia y harto poco para Polonia.

Napoleon recibió á la diputación la ante vispera de su partida de Wilna. El senador José Wibiski,

hombre de talento, empleado á menudo por los franceses en Polonia, llevó la palabra, y en un discurso bastante largo dijo, que la dieta del ducado de Varsovia, reunida para satisfacer las necesidades del ejército de Francia, conoció que *tenia que cumplir deberes de orden mas elevado*; que por voto unánime se habia constituido en confederación general, proclamado á la Polonia restablecida, y declarado nulos y criminales los actos que la desmembraron; que á los ojos del mundo civilizado y de la posteridad, el acto que arrancó su existencia á Polonia, nación independiente, antigua en Europa, señalada por sus servicios á la cristiandad, era un acto de usurpación, de perfidia y de ingratitud, un indigno abuso de la fuerza, que no podia constituir ningun derecho y debia cesar con la fuerza de que era producto; que efectivamente esta fuerza, por largo tiempo del lado de los opresores, pasaba ahora al lado de los oprimidos por la llegada milagrosa del grande hombre del siglo, destinado por la Providencia para cambiar la paz del mundo; que no tenia mas que pronunciar una frase, *el reino de Polonia existe*, y que al instante esta frase *equivaldria á la realidad*; que nada le oponia embarazo; que solo hacia ocho dias que estaba empezada la guerra, y ya recibia sus homenajes en la capital de los Jagelones; que las águilas francesas estaban plantadas en las márgenes del Dwina y el Boristenes, en los límites de la antigua Moscovia; que por otra parte los polacos subian á diez y seis millones de hombres, prontos á sacrificarse por su libertad, y que juraban todos morir por la santa causa de su independencia; que el restablecimiento de Polonia era, no solo de grande interés para



Francia, sino casi un deber de honor para ella, porque la inicua reparticion, que fué oprobio del siglo décimo octavo, habia señalado la decadencia de la casa de Borbon, y que al glorioso fundador de la cuarta dinastía tocaba reparar las debilidades y las faltas de la tercera; que ellos por su parte proseguirian de todos modos su noble objeto, y no descansarían hasta despues de haberlo alcanzado, con la aprobacion y el auxilio del glorioso y omnipotenté emperador de los franceses.

Despues de haber escuchado Napoleon con cierto disgusto la expresion brillante de estas ideas, respondió con el estudiado discurso que sigue:

«Señores diputados de la confederacion de Polonia.

«He oido con interés lo que acabais de decirme.

«Polaco, pensaria y obraria como vosotros, como vosotros hubiera votado en la asamblea de Varsovia; el amor de la patria es la primera virtud del hombre civilizado.

«En mi posicion tengo que conciliar muchos intereses y que cumplir muchos deberes. Si yo hubiera reinado al tiempo de la primera, de la segunda y la tercera reparticion de la Polonia, habria armado á todo mi pueblo para sosteneros. Tan pronto como la victoria me ha permitido restituir vuestras antiguas leyes á vuestra capital y á parte de vuestras provincias, lo he hecho con eficacia, sin prolongar á pesar de todo una guerra que hubiera hecho correr aun la sangre de mis súbditos.

«Amo á vuestra nacion: diez y seis años hace que veo á mi lado á vuestros soldados asi en Italia como en España.

«Aplaudo cuanto habeis hecho; autorizo cuantos esfuerzos querais llevar á cabo; haré cuanto de mí dependa para apoyar vuestras resoluciones.

«Si vuestros esfuerzos son unánimes, podeis concebir la esperanza de reducir á vuestros enemigos á que reconozcan vuestros derechos; pero en estas comarcas tan remotas y tan extensas debeis fundar especialmente las esperanzas del triunfo en la unanimidad de los esfuerzos de la poblacion que las cubre.

«Igual lenguaje usé con vosotros al tiempo de mi primera aparicion en Polonia: debo añadir aqui que he garantizado al emperador de Austria la integridad de sus Estados, y que no podría autorizar ninguna maniohra, ningun movimiento que propendiera á turbarle en la pacífica posesion de lo que le queda de las provincias polacas. Siéntanse animadas la Lithuania, la Samotigia, Witebsk, Polostk, Mohilew, la Volhinia, la Ucrania, la Podolia del mismo espíritu que en la gran Polonia he visto, y la Providencia coronará con el triunfo la santidad de vuestra causa, y recompensará esa adhesion á vuestra patria, que tan interesantes os ha hecho y os ha granjeado tantos derechos á mi estimacion y á mi patrocinio, con el cual debeis contar en cualesquiera circunstancias.»

Este discurso muy sensato, muy razonable, que debia alcanzar poco éxito entre los polacos, no constituia por sí mismo una falta, aunque despues se haya asi dicho, pero era consecuencia de una falta inmensa, la de haber ido á aquella region distante, donde solo tenia que hacer una cosa, intentar el restablecimiento de Polonia, y donde esta cosa única era casi impracticable á pesar de todo,



porque para llevarla á cabo se necesitaba antes que nada la concurrencia celosa de aquellos á quienes propendia á despojar de parte de sus posesiones, la Prusia y el Austria: se necesitaba además la adhesión absoluta de aquellos á quienes interesaba, de los polacos, los cuales, en vez de adherirse completamente, hacian depender su adhesión de los compromisos temerarios que se contrajeran con ellos; de manera que con voluntades forzadas como las de los prusianos y los austriacos, ó vacilantes como las de los polacos y los franceses, se trataba de acometer la mas ardua y mas nueva empresa, tan nueva que aun no tiene ejemplo en la historia, la de reconstituir un Estado destruido.

Ya cerca de la dificultad, conocia Napoleon esta falta, y quizá por este motivo, se reservaba tal vez demasiado, al par que los polacos se reservaban mas todavía. ¡Triste y no único presagio de todas las desventuras de esta campaña!

Objeto de mas de una negociacion con los diputados de Varsovia, no les disgustó el discurso de Napoleon precisamente, pues casi les era conocido de antemano, si no en los términos, á lo menos en la sustancia, pero produjo un primer efecto bastante de deplorar aun en Wilna, sin embargo del entusiasmo excitado por la presencia de los franceses victoriosos. ¿Cómo (se decian los lituanos) nos pide Napoleon sacrificios y que le prodiguemos nuestra sangre, nuestros recursos, sin contar lo que tenemos que sufrir de sus soldados, y ni siquiera se aviene á pronunciar la frase de que está restablecida Polonia? ¿Qué le detiene? No es la Prusia, sojuzgada y abatida; no es el Austria, dependiente de él y á la cual es fácil indemnizar

en Iliria; no es Rusia, cuyos ejércitos van de huida. ¿Qué es por tanto? ¿Acaso no tiene voluntad de restituírnos nuestra existencia? ¿Acaso ha venido aquí solo á ganar una batalla contra los rusos, para volverse en seguida sin emprender nada importante, mas que añadir, como en 1809, medio millón de polacos al gran ducado, dejando á la mayor parte de nosotros expuestos á secuestros y prisiones?... A estas dudas respondian otros lituanos que Napoleon tenia razon en decir que se hallaba en una posicion delicada, que tenia que guardar miramientos, pero que, á vueltas de todas estas contemplaciones, era facil leer su idea verdadera, que consistia en restablecer la Polonia, si se le ayudaba formalmente: que así era menester que le auxiliaran con todas sus fuerzas, que se alzaran en masa, y le suministraran de esta suerte los medios de dar remate á la obra empezada. Pero los que hablaban de este modo, ilustrados, moderados, equitativos, conocedores de la necesidad de no economizar sacrificios, y de vencer á fuerza de adhesión las vacilaciones de Napoleon, eran, á causa de estas mismas virtudes, los menos numerosos. Para la muchedumbre, la reserva de Napoleon debia ser un pretexto, con que se iban á cubrir todas las debilidades, todas las avaricias, todos los cálculos personales.

Napoleon partió de Wilna el 16 por la tarde, despues de permanecer diez y ocho dias en esta capital de la Lithuania. Pasó por el Sbenziani y llegó el 18 por la mañana á Gloubokoe. Aun encontró por el camino muchos rezagados y carros abandonados. Sobremanera fatigaba el excesivo calor de julio á los hombres y á los caballos, y ade-



mas acontecia á menudo que detuviera el paso la destruccion de los puentes. Infinito era el número de estas en aquellas comarcas pantanosas y cubiertas de matorrales. Se necesitaban no solo para cruzar los rios y los arroyos, sino tambien las aguas estancadas, que cubrian los campos. Hasta el punto que les fué posible los destruyeron los rusos, y para repararlos no habia que contar con los habitantes muy diseminados. Asi estaba atareadísimo el cuerpo de pontoneros, y para dar cima á su trabajo habia menester toda la adhesion de que se hallaba animado, y el noble ejemplo del general Eblé, su gefe.

Gloubokoe era una pequeña ciudad, construida de madera como todas las de aquellas comarcas, y cuyo edificio principal no era un palacio, sino un gran convento. Alojose allí Napoleon y se apresuró segun su costumbre á preparar un establecimiento que pudiera servir al ejército de punto de etapa.

Durante este tiempo los diferentes cuerpos operaban su movimiento, y desfilaban sucesivamente por delante del campamento de Drisa, como si hubieran debido atacarlo, bien que tuviesen orden de no hacer nada. Habiendo permanecido Murat algunos dias delante de Swenziani, en Opsa, con la caballeria de los generales Nansouty y Montbrun, con las tres divisiones del mariscal Davout, desfiló por frente del campamento de Drisa, manteniéndose atrás algunas leguas y fué á apostarse delante de Polotsk, muy cerca de Gloubokoe, y bajo la mano de Napoleon. Durante esta marcha el general Sebastiani fué sorprendido por la caballeria rusa, que habiendo cruzado el Dwina para observar

nuestros movimientos, se aprovechó de lo mal que nos guardábamos para asaltar al general Saint-Genies. Este defendióse briosamente, pero quedó prisionero con algunos centenares de hombres. Al ruido de esta aparicion acudió nuestra caballeria, cayó sobre los rusos, les cogió al general Koulniéff, que mandaba la expedicion, y obligóles á volver á pasar el Dwina. Salvo este accidente, el movimiento de Murat se efectuó conforme á las órdenes de Napoleon. Nuestras tropas se sustentaban en parte de lo que llevaban consigo, y en parte de lo que recogian en el pais que no pudieron acabar de devastar los rusos.

Ney siguió á Murat, ejecutó un movimiento semejante, y se fué á colocar sobre la izquierda de las divisiones de Morand, de Friant y de Gudin. Yendo sus tropas detrás de las de Murat, ya encontraron las aldeas agotadas, bien que se resarcieron con los carros de viveres, que no podian seguir adelante, sirviéndose de ellos para su subsistencia. No se economizaba la carne, que abundaba, pero habia que economizar el pan, que andaba escaso. De consiguiente una racion de carne y media de pan se daba á cada soldado. Con echar arroz en la sopa suplían el pan, y si faltaba arroz, con centeno tostado. Tanto el calor como el alimento, produjeron la disenteria entre los reclutas, y era de temer que se hiciese contagiosa.

Detrás de Ney marchaba Oudinot. Desfilando este á la vista de Dunaburgo, donde los rusos habian construido una fuerte cabeza de puente sobre el Dwina, no supo contenerse, y á pesar de las recomendaciones de Napoleon, asaltó la obra, que abandonaron los rusos. Este incidente no tuvo con-



secuencias, y el mariscal Oudinot fué á situarse sobre la izquierda de Ney á su turno. De consiguiente todos estos cuerpos se hallaron reunidos en el espacio de algunas leguas, unós mas allá del campamento de Drisa, delante del cual habian desfilado, otros quedándose en frente, y todos bajo la mano de Napoleon, que se hallaba en Gloubokoe con la Guardia. Solo el mariscal Macdonald se mantuvo á alguna distancia sobre la izquierda entre Poniewetz y Jacobstadt, cubriendo á la vez la Samogitia, que merecia bien ser libertada de los destrozos de los cosacos, y el curso del Niemen, que seguian nuestros convoyes para remontarse hasta Kowno.

No menos puntualmente se ejecutaron los movimientos ordenados por Napoleon sobre la derecha. El príncipe Eugenio era el que debia ocupar esta parte de la línea y formar el punto de enlace con el mariscal Davout junto al Dnieper. Despues de reunir su gente y sus equipages en Nowoi-Troki, partió de allí y siguió el camino de Minsk hasta Smorgoni, y cortándolo luego, se dirigió á Wileika. Precedióle en este punto el general Colbert, enviado á retaguardia por el mariscal Davout con los lanceros rojos, logrando salvar algunos almacenes. Allí se proporcionó el príncipe Eugenio viveres para dos dias, lo cual le fué muy oportuno, y continuó su camino por Dolghinow hasta Berezino, en las fuentes del Berezina. En este punto un canal llamado de Lepel, unia al Berezina, afluente del Dnieper, con el Oula, afluente del Dwina. De consiguiente se puede considerar este canal como enlace entre el mar Negro y el Báltico. Allí habia bates y provisiones, que no tuvieron tiempo de des-

truir los rusos. Aplicóse el príncipe Eugenio á recogerlo todo, y con especialidad á velar por el mantenimiento de una navegacion que podia ser al ejército de gran provecho. A Kamen se debia haber dirigido el día 21, y no tenia mas que dar un paso para tocar al Dwina entre Oula y Beschekowicz, en un parage donde es tan fácil de cruzar que se vadea en el verano.

Así Napoleon tenia todos los cuerpos á su alcance, y disponia de cerca de doscientos mil hombres esparcidos en el espacio de algunas leguas. Verdad es que la marcha habia reducido aun mas el número de los combatientes; pero, sin incluir á Macdonald, situado á la izquierda, ni á Davout, ni al cuerpo del rey Gerónimo, algo distantes hácia la derecha, Napoleon contaba en torno de su bandera lo menos ciento noventa mil hombres, y los mejores de su hueste. Por tanto podia abrumar á Barclai de Tolly, y se aprestaba en efecto á cruzar el Dwina sobre la izquierda de éste, para rebasarle y envolverle, segun lo habia proyectado. Hasta ahora salia todo á medida de sus deseos. Para ejecutar sus grandes designios no esperaba mas que la artilleria de grueso calibre, siempre un poco atrasada y contaba hallarse en aptitud de emprender las operaciones del 22 al 23 de julio. Entretanto se dedicaba con su actividad habitual á formar en Gloubokoe una etapa provista de cuanto á un ejército es necesario. Además del convento, en que se alojaba, habia hallado otros bastante ricos. Tambien la vecindad del canal de Lepel ofrecia recursos. Con estos diversos medios, ordenó establecer almacenes, hospitales y tahonas. Ya habia en construccion hasta veinte y cuatro hornos, y todo prometia entre Wil-